

---

La brizna, eso era lo que más le fascinaba. Aquel rocío fresco, vertiginoso, refrescándole la cara. Y la velocidad, aunque todo aquello tenía sus peligros. Era temprano y el mar aún no se picaba. A pesar del deslizamiento sobre el agua ella creyó escuchar un tañido. La iglesia del pueblo, allá en tierra firme, llamando a misa de nueve. ¿O serían las diez? Hacía tiempo que había dejado de usar reloj, además que de haberlo traído aquel rocío salobre de seguro habría terminado por arruinarlo. Se lo había regalado Luis Miguel Dominguín, varios años atrás, en su aniversario. Era una alhaja con pulsera de brillantes que el matador compró en Madrid luego de una memorable faena. De la marca Cartier. Pero después ella los había perdido, al reloj y al torero. ¿O se lo habría robado Manuel?

Ava soltó la carcajada y estuvo a punto de tropezar. Le había ocurrido ya en la ocasión anterior. Eso de permitir que los pensamientos lo dominen todo, que la cabeza se llene de malas ideas y que olvide el hecho esencial de que somos un cuerpo. Un animal que intenta vivir con cierta lógica racional. Eso que los puristas llaman dignidad. ¿No la habían bautizado, años atrás, como “el animal más hermoso del mundo”? Esos periodistas imbéciles...

Aquella otra vez, dejándose arrastrar por los reproches, fue cuando se precipitó. El esquí izquierdo había patinado fuera de control y así, despatarrada, fue que se derrumbó contra las templadas aguas de la bahía. Fue cuando instintivamente, flotando con el salvavidas de corcho, se llevó la mano a la muñeca aguantando la contrariedad. El Cartier de Dominguín arruinado por aquella agua salada, y recordó entonces que hacía varios días que no lo portaba. Bueno, también había perdido el

Cadillac que le obsequió Howard Hughes. Dorado. Quedó incrustado en el tronco de un eucalipto en Sunset Boulevard y ella, Ava, sólo sufrió un rasguño sobre la ceja. ¿Pero dónde había dejado el reloj de Luis Dominguín? ¿Lo había traído a México? Qué pena, eso de empeñar la gran pasión con una joya mecánica.

Pero el descuido le había ocurrido *la otra vez*, se dijo en español, así que en ese momento no podía permitirse un instante de distracción. Zambullirse a esa velocidad no es lo más divertido del mundo. El tropiezo siempre resulta aparatoso y ridículo, aunque inofensivo. Esencialmente ridículo. Además que esquiar con el fuera de borda a media velocidad era una manera deliciosa de comenzar el día. Sobre todo después de esa noche tan agitada, ¿o debía decir perturbadora? De ahí que la brizna salpicándola fuera un modo de lavar su conciencia.

De pronto la esquiadora percibió algo extraño en la superficie del mar. A la velocidad que surcaba aquel agua color turquesa no podría hacer la maniobra... separarse de la cauda que soltaba el bote para indagar qué era aquello. El objeto permanecía a un centenar de metros desafiando su curiosidad. Seguramente se trataba de un sombrero. En Puerto Vallarta, con las sorpresivas rachas que bajan de *la sierra*, todo mundo pierde el sombrero. Soltó una mano del tirante y lanzó el grito:

—¡Ey, Pancho! —indicó al piloto de la nave— ¡Date la vuelta, por allá!

Al poco tiempo se había percatado de que todos los empleados en México se llaman *Pancho*, aunque luego sonreían al precisar: *No, señorita*, mi nombre es Heriberto, Malaquías, Salustio.

—No, *Pancho* —insistía ella—. *Así llamas tú.*

El sol comenzaba a calar y pronto completaron el giro en ese sector de la bahía. Fue cuando Ava Gardner pudo reconocer aquel objeto flotando a la deriva. No era un sombrero arrebatado por el viento ni un tronco lavado por el oleaje. Aquello era un pelícano muerto.

Quién sabe por qué Ava recordó el rostro de Manuel y estuvo a punto de perder el equilibrio. Hacía mucho que no

sufría un escalofrío tan súbito como aquél. Necesitaba algo para quitarse el sinsabor. Los pelícanos son hermosos al desplegar su majestuoso vuelo por encima del oleaje. Tienen algo de aeroplano antiguo, de pterodáctilo, de Nereida celestial. Luego, al lanzarse en picada tras el primer cardumen de anchovetas, pierden toda su elegancia. La buchaca del pico abriéndose en la colisión es casi heroica, aunque a la distancia resulta bastante vulgar. Aquel pelícano, era evidente, no había salido airoso de la zambullida.

Lo que necesitaba era un trago. Un martini. Algo severo renovándole el paladar para compensar aquel encuentro tan siniestro... los pájaros no debían morir. Un trago para olvidar aquella noche con dos hombres. Monstruo.

Manuel había sido el segundo, aunque la circunstancia comenzaba a ser costumbre. Lo enfadoso era que parecía estar enamorándose de ella. ¿Sería posible? Roberto, al que apodaban el Guango, era el primero. Un hombre de pocas palabras, de cuerpo grande y hasta un poco violento. El Guango y el Seco dormían en hamacas, bajo una enramada, no lejos de su búngalo. A media noche conducía a ese tosco pescador hasta su cama y en lo que subían la vereda, entre las sombras de la noche, lo iba desafiando con pullas que aquel grosero no entendía. Fue la primera cuestión que planteó cuando fue invitada a participar en la película.

—John querido, ¿no importa que hable ese maldito idioma como una *gringa borracha*? —aunque en realidad era conocida ya como “La bestia de los martinis”.

El turno de Manuel era a media madrugada. Ingresaba sigilosamente a su lecho luego de que el otro despertara del desmayo postcoital. Era cuando Ava despedía a su burdo amante, el primero, materialmente a rodillazos. Ya, *vete*, me das asco. Manuel el Seco era menos corpulento, más aindiado. ¿*De verdad quiere que me meta en su cama*? Le recordaba un poco a Frank cuando se dejaba llevar por la depresión.

Amanecía con él y debía desembarazarse de sus brazos. La ternura no era lo suyo. Le entregaba cien pesos —cincuenta para él, cincuenta para el Guango— y se escurría de aquellas sábanas humedecidas. Entonces, ayudándose con la difusa luz

del amanecer, avanzaba hacia el baño y orinaba entre suspiros. Sentada en el retrete deglutía dos pares de aspirinas y limpiaba aquel escurrimiento confuso. Luego retornaba al lecho. Manuel ya no debía estar... ése era el pacto. ¿Qué palabras, qué arrumacos, qué frases de embeleso eran las que ese pescador mustio susurraba al penetrarla tan dulcemente? No quería averiguarlo.

Necesitaba un martini, además de la frescura de aquella brizna castigándola. Volvió a soltar una mano y colocándola sobre la boca gritó en bocina:

—¡Ey, Pancho! ¡Date la vuelta! ¡Hacia el muelle! —gesticuló con la mano libre— ¡Pasa junto al muelle!

En la distancia el piloto creyó entender, y la esquiadora sonrió al apoderarse nuevamente de aquel trapecio. El lanzero enfiló obedientemente hacia el embarcadero de Mismaloya. Aquel martes había amanecido nublado, por lo que seguramente se interrumpiría el rodaje. El guión señalaba que en esa fecha debía filmarse la escena de la llegada del camión de turistas al hotel regentado por Maxine Faulk —Ava era Maxine— “bajo el candente sol del trópico”. Era un capricho de Tennessee Williams, eso de resaltar en todo momento la condición meridional del ambiente. Así que se le podía indicar al técnico del *boom* que desplazara el micrófono con mayor celeridad, se le podía sugerir al camarógrafo Gabriel Figueroa que operara con más suavidad el *panning*, pero al sol no se le podía ordenar que asomara. Eso ocurrió una sola vez, con el patriarca Josué, en la relación del Viejo Testamento. Al acercarse al muelle Ava gritó a un muchacho que permanecía ahí *para lo que se ofrezca*:

—¡Pancho, Pancho!... Que me preparen un martini. ¡Un martini! —hizo el gesto de tomarse un trago—. Que me lo traigan al muelle... —y recuperó el equilibrio.

La idea de todo había sido del productor Ray Stark. Un año atrás, apenas asistir al estreno del drama en el Lincoln Center, propuso al dramaturgo la adaptación para el cine. “Tú bien lo sabes, Tennessee. No podemos quedar impávidos ante el avance arrasador de la televisión; el sexo es la única salvación del cine”. Muy bien, ¿pero con quién tras la cámara? Para qué

preguntar, con John, desde luego. Al principio Williams insistió en que se filmase en Acapulco, “donde había corrido una aventura inconfesable” que le sirvió como fuste para aquel drama de culpas y deseos incontenibles. ¿Por qué las iguanas del título?, preguntó John Huston apenas conocer el proyecto. Descansaba en su casa irlandesa de Saint Clerans, adonde llegó Stark para convencerlo. “¿No sería más conveniente un título con algo del corazón... *corazón robado, corazón roto, corazón perdido en el trópico?* Nunca he filmado una cinta con nombre de corazón”. Lo de *la noche de la iguana* es un secreto, le confesaría luego Tennessee. “He querido obviarlo con el lagarto que *los muchachos* dejan atado esa noche de sexo incontenible. Antes de merendárselo. Al lagarto”.

Estaba a punto de cumplir cuarenta y dos años. Para eso faltaban una cuantas semanas y sus mejores interpretaciones ya habían sido proyectadas en las pantallas de los cinco continentes... *Las nieves del Kilimanjaro, Mogambo, La condesa descalza*. ¿Para qué sirve una mujer madura, divorciada tres veces, cuyo aprendizaje dramático fue un cursillo vespertino en la Montebello Film Academy? Demonios, lo que necesitaba era un trago y que ese tonto pescador no se enamorara de ella. Siempre que había *enamoramiento* surgían los problemas.

A Roberto y Manuel los había conocido en Acapulco varias semanas atrás. Había llegado ahí para estudiar el libreto lejos de los demás actores. Darse la tregua de una semana... y que a ella le hablaran de *tregua*. Aquella tarde en el hotel Ritz, que acababa de ser inaugurado, fue sorpresivamente lluviosa. Se habían hospedado bajo el circunstancial anonimato que amparó el registro de su hermana Bappie, aunque en alcobas separadas. Lluvia en la piscina, en la playa, en la terraza de toallas empapadas. Mientras ella probaba un *blanc cassis* en el bar del hotel los muchachos se presentaron para ofrecer sus servicios; un paseo en bote alrededor de la bahía, cien pesos, la embarcación tiene techo, je je. Lejos del elenco pero, principalmente, lejos de Huston luego de aquella descortesía. Y ahora se necesitaban profesionalmente. Había sido una fiesta de tantas, diez años atrás, y ella asistió invitada por Billy Wilder, el coqueto

anfitrión. Apenas saludarla John Huston le declaró su admiración —acababa de ser estrenada *Lone Star*—, y como el irlandés había trasegado ya varios vodkas, en un punto de la plática le soltó una aceituna sobre el pliegue del escote en un acto que pareció inopinado. La excesiva confianza a veces resulta comprometedora.

—Uno de esos frutos me pertenece —se quiso hacer el gracioso, y amagó con recuperarlo.

En eso llegó Frankie, con quien se acababa de casar, y hubo un momento de tensa confusión, pero Huston se disculpó con oportunidad. Estoy invitando a tu princesa para que sea la estrella de mi película, además que la fiesta era en honor de John al anunciarse la inminente filmación de *La reina africana*. Ava debió entibiarse aquella aceituna en la complicidad del secreto. Había crecido revolcándose entre fardos de tabaco y ahora ese frutillo entre los senos no iba a desquiciarla. No dijo nada al respecto. Su primera mentira con Frankie, una paparrucha de nada, que ya luego llegarían las noches de ligeros perdidos quién sabe dónde.

Yo soy el Guango y este menso es el Seco, se habían presentado los *lancheros*. Eran simpáticos, viriles, morenos. *Le daremos serenata durante la travesía*, y uno de ellos levantó orgulloso la guitarra. Ava prefería el brandy directo; es más estimulante que el whisky depresivo de los galeses. Lo había probado en España, donde... Sí, muy bien, una serenata —terminó por aceptar—, pero en mi habitación a la media noche. La *master-suite* del último piso. Los estaré esperando. Cien pesos.

Observó que en el muelle de Mismaloya estaban los muchachos, *sus muchachos*. También reconoció al mesero del set. Le indicó a Pancho que repitiera la maniobra; aproximarse al atracadero construido un mes atrás, pero lentamente. Insistió en lo del gesto, *lento, lento*, como Manuel la noche de anoche. El piloto obedeció, redujo la marcha del motor casi en ralentí y pasó a tres metros de aquel pontón embreado con chapopote. Más despacio y su pasajera se hundiría en la estela del bote. Esperó y vigiló la escena sin soltar la rueda del timón. Allá atrás

la mujer extendía un brazo tratando de alcanzar aquella copa ofrecida temerosamente por el camarero. Ahí estaban sosteniéndolo y aguantando la risa Manuel y Roberto, sus amantes morenos. Al aceptar el viaje con ella dijeron que eran de oficio pescadores. Antes.

La copa era grande, de cristal burdo, para servir margaritas. Ava la arrebató y el mesero estuvo a punto de resbalar hacia el agua. Media ración del martini se derramó, pero quedó lo suficiente para echarse un par de tragos a esa velocidad. Un capricho cumplido y así, de entre los curiosos celebrando esa proeza de circo, estalló la luz. Era el flash de Sinclair Vinkle, uno de tantos *paparazzis* apoderados del puerto, y su instantánea llenaría la portada de la revista *Look* tres semanas después bajo el escandaloso cintillo *Ava is alive!*

Está viva, no ha muerto. Ava fornicaba todas las noches con dos negros mexicanos. “Bebe cocteles mientras esquía en las desafiantes aguas de la Bahía de Banderas”.

Fue cuando Ava, a punto de arrojar aquella copa inútil y recobrar la barra del trapecio —el bote ya aceleraba recuperando la estabilidad—, descubrió en lo alto de una roca al *Lince*. Acechaba en silencio, le destinaba sus ojos penetrantes.

Se miraron desafiantes durante unos segundos. Y en lo que la embarcación retomaba el rumbo para alejarse de los escollos, Ava Gardner volvió a soltar la mano, libre ya del martini, y sin quitarle los ojos de encima la deslizó sobre los senos, más que sugeridos por aquel traje de ceñido nylon blanco, y luego la dejó escurrir hasta el vértice de Venus. Simuló una contorsión voluptuosa y enseguida soltó la carcajada. Jactancias de una esquiadora extravagante.

En las rocas de Mismaloya, inmutable, el *Lince* frunció los labios, o debiéramos decir *la* Lince, porque Liz Taylor se acomodaba las gafas de sol y le ofrecía un beso lanzado como dardo hacia la brizna que dispersaba la rompiente bajo la roca. Un beso de más, un beso de menos; las iguanas no se besan. Se muerden, eso sí, defendiendo su territorio.

---

¿Cuatro horas?, había preguntado John Huston poco antes del despegue. Con viento a favor poco menos, contestó el piloto al emprender la maniobra preliminar. Estaban en la cabecera de la pista. ¿Doctor, podría abrocharse el cinturón de seguridad? Estamos a punto.

Lo llamaban de muchas maneras, “el viejo león”, “el irlandés fornicador”, “la araña patona” porque sus piernas, la verdad, no eran de presumir. De modo que durante ese vuelo sería *el doctor*. Aquél era el aeródromo de Laguna Beach, así que no hubo necesidad de cumplir trámites migratorios. Detrás del piloto, en la cabina de la Piper Comanche, iban Ray Stark y el mexicano Guillermo Wulff, quien no dejaba de hablar de aquel paraíso; “una península que ni en el Génesis”.

Despegaron puntualmente coincidiendo con el atisbo del sol. Con un poco de suerte alcanzarían el almuerzo en aquella ignota bahía. “Menos de veinte mil habitantes, en su mayoría pescadores y campesinos que cultivan tabaco”, señalaba la guía turística.

—¿*Bahía de Banderas*? —preguntó Huston al piloto, recalcando la frase del folleto promocional—. ¿Banderas de qué?

—No lo sé —respondió éste apenas estabilizar la nave tras el despegue—. Lo que sabemos es que durante el invierno la ensenada se infesta de ballenas. Hasta ahí llegaban los rusos en el siglo pasado para cazarlas luego de bordear la península baja. Todo eso acabó con la revolución.

—¿Cuál de las dos? —volvió a indagar Huston.

—Ambas —respondió el piloto, adivinando que aquella travesía iba a ser todo menos sosiego.

—Ayer hablé con Tennessee —dijo Stark palmeándole un hombro—. Sigue insistiendo en que debería ser Acapulco. Que él sabe dónde.

—¿Dónde qué?

—La aventurilla que tuvo ahí; tú sabes —hizo una mueca perdida—. Que él sabe dónde deberíamos ubicar el hotel, la terraza, la playa *caliente* de ardor y puñetazos.

—Historia pagada, personajes perdidos. Él lo sabe.

—No quiere que nos salgamos del libreto.

—Ya estuvo de acuerdo con eliminar a los turistas alemanes que asomaban en el drama, ¿recuerdas? Además que pobres nazis, ahora queremos culparlos de todo. ¿Seven Arts soltó ya el maldito cheque de Tennessee?

—La semana pasada —recordó el productor Ray Stark—. Ahora podemos matar a quien sea.

—¿Matar? —indagó Guillermo Wulff, sorprendido por el verbo—. ¿Qué significa eso?

—El maldito guión que entregó Tony Veiller. Mucho bla-bla de índole psicoanalítica, ya sabes, pero muy poca acción efectiva. Y eso en cine significa el desastre. Necesitamos un muerto, además del abuelo poeta... ¿Aquella es la isla Catalina?

—En efecto, doctor —respondió el piloto al estabilizar la nave sobre la línea costera. Abajo, en la inmensidad del mar, era visible el pequeño puerto de Avalon.

—Nunca la he pisado —comentó Huston al rebuscar en el bolsillo y dar con un tabaco de hebra. Encendió el cigarrito sin preguntar—. He pensado que Charlotte, la insaciable adolescente, mate a Shannon. Que el pastor amanezca muerto con una daga en el pecho...

—Eso sería excesivo. Un poco excesivo, ¿no crees? —Ray se llevó una mano a la nariz, aquel humo penetrante—. Las culpas del reverendo Shannon son de semen, no de sangre. Y luego de eso qué, John; ¿encerramos a la pobrecita niña en una de las pestilentes cárceles mexicanas?

—No estaría mal.

—El que te clavará un puñal será Tennessee. John, no podemos tergiversar tanto su historia. El pobre Shannon es un

loco de sexo, un loco de bourbon, no un loco psicótico. Quien se encargará de curarlo será Maxine, la posadera. Recuerda que acaba de enviudar.

—¿Puede el sexo curar a nadie? ¿Curar a un energúmeno con lujuria incontenible?

—Yo me apunto —dijo Wulff.

—Yo también —sonrió el piloto al manipular el extractor de aire. Aquello comenzaba a semejar un cabaret de moda.

Poco antes del mediodía avistaron la magnífica bahía punteada por el Cabo Corrientes. En la costa era reconocible aquel villorrio de muros encalados y techumbres de palma. Huston advirtió que la iglesia del poblado carecía de campanario. Una torre trunca, como esperando. ¿Por qué todo en este país estaba siempre a medio hacer? Se tragó la pregunta.

—Allá, más allá del cocotal —el mexicano Wulff señalaba a través del parabrisas—. Aquel es el aeródromo de Palo Seco donde aterrizan los avioncitos de la Aerolínea Fierro. ¿Sí logra distinguirlo?

—¿Eso? —el piloto indicaba un pastizal, un minarete abandonado, una manga de viento que apenas palpitaba con la brisa—. ¿Y los animales?

Era verdad. En mitad del terreno pacía media docena de vacas. Se desplazaban impasibles buscando las parcelas de hierba más fresca.

—Por eso tenemos prohibido el vuelo nocturno a los aeródromos mexicanos —comentó el piloto, con cara desahuciada.

—¿Podría hacer un vuelo rasante, capitán? —sugirió Guillermo Wulff como quien explica un trámite—. Un vuelo rasante sobre la caseta. Es para avisar.

El piloto obedeció contrariado, además de que no les quedaba combustible como para improvisar otro destino.

—Nos estamos perdiendo de un maravilloso inicio de película. Allá abajo debía estar Gabriel Figueroa con sus muchachos asegurando el tripié... Que Shannon y sus turistas cluecas desciendan de un avión en lugar de arribar en autobús —y Huston debió sujetarse al asiento apenas iniciar aquella desafiante picada.

---

En la caseta del aeródromo asomaron entonces dos oficiales. Saludaron con sus gorras militares; sí, ya iban. Enseguida montaron en un camioncito y arrancaron rumbo al sitio donde se concentraban las vacas. Un arreo mecánico, rutinario y divertido. Había un portillo en la cerca y por ahí expulsaron a las reses. Cinco minutos después la pista estaba dispuesta y así enfiló la Piper Comanche hacia aquel pastizal castigado por la sequía.

Luego de almorzar en un merendero junto a la desembocadura del Cuale, los viajeros se desplazaron en taxi hacia el hotel Paraíso, que parecía ser el único de la localidad. Ahí se desarrollaría la escena inicial de la película, cuando las turistas que guía Lawrence Shannon (el pastor que ha colgado los hábitos al descubrirse algunos excesos voluptuosos) pretenden hospedarse de primera intención, sólo que el ofuscado ex ministro decide llevar al grupo, sin permitir que descendan del camión, al hotel de su amigo Fred, bajo las frondas donde se topan con la noticia de que su amigo ha fallecido y quien ahora lleva el negocio es Maxine Faulk, su vivaracha viuda.

A Huston le pareció bien la locación: un hotel vetusto, de toallas percutidas, piso de losetas disperejas y jabones minúsculos. Huston y Stark hablaron con el gerente, sí, lo alquilarían dos semanas enteras en octubre del año próximo. Era la primera locación contratada, le enviarían el cheque sin falta en el verano de 1963.

Por la tarde se trasladaron a Mismaloya. Sería el set principal y Guillermo Wulff ya lo había reservado, apalabrándose con la comunidad de indios coras que lo administraba. Se localizaba al sur de Puerto Vallarta y para acceder al acantilado era necesario abordar una lancha en la playa y rodear los escollos del accidentado litoral. Ahí los esperaban dos muchachos que serían los guías. Atracaron en una pequeña caleta y procedieron a ascender la cuesta por encima de la rompiente.

La panorámica desde Mismaloya era imponente. Hacia tres de los puntos cardinales se dominaba el horizonte del océano. El lugar ofrecía además una amplia meseta donde se planeaba construir el “hotel” de Maxine. No lejos de ahí, en otra

explanada inferior, quedarían las cabañas donde se albergaría al equipo de filmación.

—Ahí abajo, sobre aquel promontorio, quedarán la cocina, la bodega y la planta de luz —explicaba Guillermo Wulff enjugándose el sudor—. En aquella caleta podremos desembarcar los equipos una vez que construyamos el muelle de servicio. Ya lo vieron: son veinte minutos en lancha desde el embarcadero en Vallarta.

—Supongo que Adán y Eva la tuvieron más fácil —bromeó Huston.

—Este es otro paraíso, John. Lo viste en las fotos que te envié. Además de que todo mundo estará aquí mismo. Podrás tener más control sobre el staff.

—Como un campo de concentración —comentó Ray Stark abanicándose con la cachucha deportiva—. Sólo faltará la frase *Arbeit macht frei*.

—¿Se puede llegar por tierra? —la pregunta de Huston era del todo pertinente, toda vez que esos eran sus territorios naturales. Así había filmado *Reporte de las Aleutianas*, un documental de guerra en el archipiélago de Alaska, así había rodado *El tesoro de la Sierra Madre*, en la cordillera de Michoacán, y bajo peores condiciones había realizado *La reina africana* —con Katharine Hepburn y Humphrey Bogart— en el río Congo en 1954. Así que ahora una apacible selva mexicana...

—Por tierra, sí; hay una brecha. Pero el arriero tarda cinco horas arrastrando a sus mulas, si no se topa antes con la nauyaca.

—¿De qué me estás hablando, Guillermo?

—La serpiente de la selva, John. Por acá la llaman así, nauyaca, que en lengua náhuatl quiere decir “cuatro narices”. Siempre muerde al tercero de la fila y su veneno mata en menos de una hora.

—Mejor por agua —reconoció Ray, con mueca horrorizada.

—Sí, mejor por agua —consintió Huston, aunque no pudo aguantar la curiosidad—. Pero, ¿por qué al tercero?

Guillermo Wulff volvió a ceñirse la gorra beisbolera. Era un hecho: los había seducido. Sí, *La noche de la iguana* se filmaría en las apartadas peñas de Mismaloya. Señaló hacia la cañada por donde escurría un hilo de agua descendiendo de la montaña igual que un estilete de hielo:

—Cuando uno marcha por la selva nadie quiere ser el tercero de la fila. Los campesinos aseguran que el primero, el que pasa junto a la serpiente, es quien la despierta; el segundo es el que la enfurece y el tercero, obviamente, es a quien muerde en la pantorrilla. Dos horas después, si no hay antídoto a la mano, hay que rezar por la salvación de tu alma. Es la ley de la selva... aunque todo eso es una fábula.

—Por el agua, definitivamente —insistió Ray Stark.

—Por el agua, cien veces —remachó John Huston, y entonces recapacitó, “¿sabrás nadar?”.

En eso los distrajo una centella deslizándose bajo la hojarasca. Una alimaña sinuosa, tal vez un coco rodando monte abajo. Ray Stark alzó las manos repulsando a esa criatura del mal. ¿Se trataría de una de esas temibles serpientes de nombre impronunciable?

Observaron entonces que uno de los muchachos se desplazaba detrás de aquel engendro. Corría emitiendo un grito jubiloso, como si adelantara el accidente que estaba a punto de sufrir en ese lance desbocado... hasta que dio alcance al demonio rastrero. Lo atrapó por la cola y lo alzó como un trofeo, mostrándolo luego a los visitantes en lo alto de la colina.

—Es una iguana —reconoció John Huston y en el momento algo se reveló dentro de su tórax. Qué magnífico presagio—. Ahí tenemos al primer miembro del reparto.

Al abordar el bote, de retorno, observaron que el muchacho cargaba el reptil atado sobre sus hombros.

—Oye, Ray, ¿tenemos información respecto a si Richard Burton sabe nadar?

—La verdad, no. Pero podemos averiguarlo.

—*Muy bonita mascota* —le dijo Huston al primer guía. Jugueteó con su cigarro sobre la cresta del lagarto.

—No, señor —se defendió el muchacho luego de empujar el bote con el extremo de un remo—. No es mascota. Es merienda.

—¿*Usted come eso?*

—Asada con epazote y tomate —y le ofreció el gesto de deglutir un manjar.

—*Sí, claro. Como en el Paleolítico* —pero el muchacho no entendió.